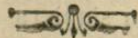


ya que no se ponga algún estorbo á la publicación (por suscripción) de obras impresas fuera del país.

A pesar de todo lo que va expuesto, se ha notado de algún tiempo á esta parte una baja considerable en los precios de las impresiones; pero desgraciadamente ha venido por el peor camino: el de la disminución consiguiente en la retribución de los operarios. La falta de asignaciones competentes produce por supuesto un aumento de privaciones en las pobres familias de los obreros, y ejerce una influencia fatal en la moralidad de éstos. El arte también retrocede, pues nadie trabaja bien por mezquina paga. Muchos establecimientos economizan también el corrector de pruebas, y vemos los resultados en las incorrectas ediciones que producen. No hay que buscar verdadero progreso por tan errado camino: más se avanzará por medio del orden y de una severa economía en las oficinas, pues no es raro ver en muchas partes el sistema más constante de agresión contra los sueldos de los operarios, marchando al par con el mayor desperdicio y abandono de todos los efectos y útiles del establecimiento.

México, Mayo 12 de 1855,



## HISTORIADORES DE MEXICO.

---





#### HISTORIADORES DE MÉXICO. (1)

**H**ORRIÓ en un tiempo muy favorecida, aun entre personas de saber, la opinión que consideraba como escasas, oscuras y muy viciadas las fuentes de nuestra historia, sobre todo las pertenecientes á su época primitiva, anterior á la venida de los apóstoles. Hubo quien llegase á decir que todo nuestro conocimiento de tan dilatado período, se reducía á saber, que cuando Cortés pisó las playas de Anáhuac, ocupaba el trono mexicano Moteuczoma II. Una crítica más ilustrada comienza á disipar tales errores; y si bien no podemos gloriarnos, ni con mucho, de tener tan esclarecida nuestra historia de aquellos siglos, como las de otras naciones en época contemporánea, sí creemos

(1) Publicado en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, 1854.—N. del E.



poder aventurar la aserción de que la historia *primitiva* de estos países no está envuelta en mayor oscuridad que la del nacimiento de otras muchos pueblos del hemisferio oriental. Ciertamente es que la falta de los caracteres de escritura entre las razas que sucesivamente ocuparon este suelo, fué un gravísimo obstáculo para que nos conservasen la memoria de sus hechos. Pero es también indudable que procuraron llenar este vacío por varios medios ingeniosos. Fué el principal su sistema de *geroglíficos*, que aunque hoy nos parezcan en su mayor parte ininteligibles, para ellos serían bastante claros; bien que nunca tanto como para nosotros los caracteres de escritura, según han pretendido algunos autores, llevados á esta exageración por su deseo de vindicar nuestros anales. Sea como fuere, y sin entrar en esta discusión, que por profunda se excusa de aparecer en esta obra, convendremos en que servían á lo menos los geroglíficos como de un arte *mnemónica*, para recordar á los hijos los hechos de sus padres. Así iban pasando de una á otra generación, ayudados de los *cantares* que era el otro modo de historiar usado entonces; sin que podamos añadir los *quipos* como pretende Boturini, porque parece que en México no existieron. El celo indiscreto de los prime-

ros misioneros, destruyó una gran parte de las pinturas geroglíficas; pero sea cual fuere la calificación que aquellos actos merezcan, no somos jueces competentes para condenarlos, nosotros que no por piedad ni santo celo sino por incuria y abandono hemos dejado perder una gran parte de nuestros monumentos históricos. Y nótese que no se trataba de oscuros y sospechosos geroglíficos como entonces, sino de obras bien claras, escritas con nuestros propios caracteres. Los misioneros por otra parte compensaron bien aquella pérdida con los escritos que nos dejaron. ¿Qué habríamos hecho con aquel montón de figuras si los mismos misioneros no hubieran cuidado de conservarnos la corta inteligencia de ellas que nos queda, y de darnos su explicación según la oyeron de los indígenas expertos en interpretarlas? ¿Ganaríamos acaso en el cambio, si por cuidar de la conservación de las pinturas, no se hubiese perdido una sola, pero tampoco nos quedase una sola línea de sus escritos?

Por resultado de la persecución que sufrieron las pinturas geroglíficas, muy pocas son las que han llegado á nuestros días, y de éstas no se conservan tantas en nuestro país como en Europa. El más rico acopio se encuentra en la famosa obra de Lord



*Kingsborough* titulada: «Antiquities of Mexico.» que en tres enormes volúmenes de láminas comprende los códices *Mendoza*, *Telleriano Remense*, *del Vaticano*, *de Viena*, *Borgiano*, y otros menores. No contamos el de *Dresde*, incluso también en esa colección: porque según las apariencias, no es obra de los antiguos mexicanos, sino de otro pueblo desconocido, que acaso sería el que construyó los magníficos edificios de Yucatán; bien que en tal hipótesis también pertenece ya á nuestra historia. Las pocas explicaciones que existen de estos códices, las concluyó *Kingsborough* en los volúmenes siguientes de su obra: faltóle la del códice *Borgiano* que escribió el P. *Fábrega*, y está manuscrita en la biblioteca de esta universidad. Fuera de esta obra de *Kingsborough*, son muy pocas las pinturas geroglíficas que se hallan publicadas. Como auxilio para estas intrincadas investigaciones, sirven las descripciones de los monumentos antiguos, entre las que ocupan el primer lugar las del capitán *Dupaix*, y modernamente las de *Stephens*. Algunas más se han publicado sueltas en los periódicos, ó se hallan incluidas en las historias antiguas. No queremos hablar del charlatán *Waldeck* ni de sus «restauraciones mentales» de los edificios de Yucatán. Con el modesto título de

«Descripción de las dos piedras que se hallaron en México el año 1790,» tenemos un excelente trabajo de *Gama* sobre la cronología y el calendario de los mexicanos.

Consumada la conquista é instruidos los indígenas en nuestra escritura, rivalizaron con los misioneros en los trabajos históricos emprendiendo con laudable celo la tarea de conservarnos lo que habían aprendido de sus mayores. El más distinguido, ya que en lo más antiguo, fué *Ixtlilxochitl*, descendiente de los reyes de Tezcoco, que consultaba sus obras con los ancianos principales y más autorizados. Ojalá hubiese escrito menos, con más detenimiento y más atención á la cronología, porque es casi imposible seguirle en el laberinto de sus numerosas «relaciones,» que no suelen ser más que variaciones de un mismo tema; pero variaciones tales que no hay medio de reducirlas á un sistema perfecto. Su «Historia Chichimeca,» publicada por *Kingsborough* (lo mismo que las *Relaciones*), ofrece una narración mas seguida, y es su mejor obra, aunque no escasa de anacronismos. — *Tezozomoc* escribió con más sobriedad: es autor juicioso, y su «Crónica Mexicana,» incluida en la gran colección de *Kingsborough*, merece vulgarizarse más. — *Diego Muñoz Camargo*, nos dejó en su «Historia



de Tlaxcala," inédita hasta ahora, y cuyo principio y fin se han perdido, un escrito interesante pero cansado, y que por la desigualdad de su estilo parece obra de dos ó tres autores — A estos trabajos de los indígenas hay que agregar otros de menor importancia que permanecen también inéditos, y muchos más que se han perdido, sin que nos queden siquiera los títulos de todos.

Apenas se hubieron familiarizado los misioneros con la lengua y costumbres de los indios, venciendo á fuerza de beneficios su natural timidez y desconfianza, aprovecharon los informes de ellos y sus propias observaciones para componer obras más ó menos extensas en que se trasmitiesen á los venideros los conocimientos adquiridos. En medio de sus penosísimas tareas apostólicas robaban un momento para tomar la pluma, no movidos por la ambición de gloria que atormenta á los sabios, sino con el noble objeto, por lo común, de facilitar el camino á los que después viniesen á trabajar en la santa obra de la conversión de los indígenas. El testimonio unánime de los contemporáneos coloca al frente del ilustre catálogo de sacerdotes escritores, al P. Diego *Durán*, dominico en cuya obra acudieron á beber muchos de los que le suce-

dieron. Pero tan precioso trabajo sólo nos era conocido de nombre: no ha mucho que se logró hallarle en la biblioteca del Escorial, en ese panteón de las glorias literarias de España: y á los esfuerzos del Sr. J. F. Ramírez, actual conservador del Museo Nacional, se debe que dicho establecimiento haya adquirido (por medio del que esto escribe) una magnífica copia, del texto y dibujos, que actualmente se halla en camino. — Por falta de conocimiento de esta obra, ocupaba hasta ahora sin disputa, el primer lugar, y acaso le conserve siempre, la del P. Fr. Bernardino de *Sahagún*; hermoso fragmento escapado del lamentable descuido que acabó con casi todas sus obras, para venir á sufrir más triste suerte acaso, en manos de editores ignorantes ó desidiosos. *Sahagún* es muy abundante en todo lo que concierne á la mitología azteca y á su complicado ceremonial; pero hay largos trozos en su obra, que aunque no mal escritos no tienen la menor relación con su asunto. Creemos también que muchos de los descuidos que se le han notado, no son suyos, sino de escribientes y editores.

De aquellos mismos días tenemos una inestimable crónica perseguida igualmente por la suerte. Hablo de la «Historia de los Indios de Nueva España,» del P. Fr. *Torí*



bio de Benavente ó *Motolinia*: obra encantadora por la sencillez de su narración, y que descubre por todas partes la bondad y la modestia de su venerable autor. Crece aún más el interés que inspira, porque desnuda de inoportunas digresiones y moralidades, nos presenta un cuadro vivo de la época más interesante de nuestra historia. Tal juzgamos ser aquella en que sometido ya el país por las armas españolas, se comenzaba una obra más difícil todavía que la conquista, cual era la transformación del pueblo conquistado, en un pueblo nuevo que recibía gradualmente la religión de Jesucristo y la civilización europea que le traían sus conquistadores. Lo hecho en aquella época crítica ha influido constantemente en nuestra organización social, cuyas bases se asentaron desde entonces sentimos todavía sus efectos y nadie sabe cuándo cesarán. A esta época se refiere precisamente la obra del P. Motolinía, y á pesar de eso la hemos visto con tal indiferencia, que al que esto escribe le fué imposible hallar en México, una sola copia de ella. Debe la que posee á la bondad del distinguido historiador Mr. Prescott; y persuadido de que hacía en ello un servicio á nuestra historia y á nuestra literatura, la tiene actualmente en prensa.

Justo es mencionar desde luego otro cronista aclamado por padre de nuestra historia: Fr. Juan de Torquemada, nacido en la antigua España, pero criado en la Nueva, quien para escribir su voluminosa «Monarquía Indiana» tomó á manos llenas de las obras y apuntes de sus predecesores, aunque siempre tiene la buena fe de anotar la fuente de sus noticias. En obra tan extensa no es de extrañar que se hallen inexactitud; des y anacronismos, y aun pudieran perdonársele en gracia del mérito de su trabajo pero lo que hace insoportable la lectura de Torquemada son las continuas digresiones que se permite, muy edificantes á la verdad, pero enteramente ajenas del asunto de su obra. Quien la publicase expurgada de tales impertinencias, haría un notable servicio á nuestra historia; habría, sin embargo, que proceder en ello con mucho tiento, para no descartar por inútiles, aunque á primera vista lo parezcan, las comparaciones que á veces hace el autor entre los ritos y costumbres de los indios, con los de otras naciones del antiguo mundo. Por lo demás es casi imposible dar un paso en la historia de aquellos tiempos, sin acudir á las páginas de Torquemada. Poseyendo la obra de éste viene á hacer casi inútil, si no es para fechas posteriores, la de su compañero



Betancourt, que redujo á un cuadro quizá demasiado estrecho las noticias de la «Monarquía» Tal vez por eso mismo, y por la continuación hasta su época, Betancourt cuenta con más lectores que Torquemada. Culpa grave sería omitir el nombre del P. Acosta y de su "Historia natural y moral de Indias." Una parte de ella se refiere á México, y dicese que fué tomada de los MSS. del P. Durán. Lo más notable de la obra del P. Acosta es la parte de geografía física y sus ingeniosas observaciones de los fenómenos naturales.

Ya en el último tercio del siglo XVI mandó el rey Felipe II circular á todos sus dominios de América una *instrucción* muy extensa en forma de interrogatorio, exigiendo cuantas noticias se creyeron útiles para escribir la historia general que se meditaba. Las audiencias repartieron las instrucciones á todos los pueblos de sus respectivos distritos, y los principales vecinos de cada uno se encargaron de las respuestas. Se obtuvo así un grande acopio de materiales, muy desiguales en mérito, es verdad, pero todos útiles y algunos ciertamente importantes. No sabemos qua jamás se haya impreso ninguno de estos documentos, ni que autor alguno los haya consultado. La actualidad ha traído á manos del autor de

este artículo cerca de cincuenta relaciones originales de esta especie, relativas á la Nueva-España, muchas de ellas adornadas con mapas y figuras, y cuya existencia era hasta ahora casi desconocida, aun entre los literatos dedicados á estas investigaciones.

El siglo XVIII nos ofrece tres escritores notables de historia antigua. *Boturini* ocupa el primer lugar, así por la fecha como por la importancia de sus trabajos. Pero esta calificación entendemos que se le aplique sólo como colector de documentos, en cuya ingrata tarea mostró inaudita perseverancia, aun en medio de los infortunios que le abrumaron. Su nombre debe ser pronunciado con respeto, por todo el que tenga en algo la historia de nuestro país. Mas como escritor pocos adelantos le hubiéramos debido, ni aun cuando hubiese tenido tiempo de acabar la grande historia que meditaba. La parte de ella que escribió se tiene por perdida; pero la fantástica *Idea* que dió á la prensa basta para juzgarle. Es raro que el más diligente colector de documentos, sea también el más capaz de aprovecharlos.

Los de Boturini, á lo menos en parte, cayeron después de su muerte en manos hábiles; quiero decir, en las de *Veytia*, quien con tal auxilio formó la primera «Historia



antigua de México,» digna de tal título. La muerte le impidió concluir-la; pero tal como existe es un honroso testimonio del saber y de la aplicación del autor. Al mismo tiempo que Veytia escribía en México, trabajaba en Italia sobre el mismo asunto el jesuita expatriado *Clavijero*, el más popular de nuestros escritores y el más digno de serlo. Sin comunicación entre ambos literatos, suelen coincidir de un modo notable en los puntos principales; la obra de Clavijero, que existe traducida á las principales lenguas de Europa, es sin embargo mucho más agradable; suele haber en ella mejor crítica y hasta hoy permanece sin rival.

Sus tres últimos libros comprenden la historia de la CONQUISTA; cuadro estrecho, pero bien trazado, de aquel memorable acontecimiento. Muchos y muy preciosos son los documentos que de él nos quedan. Débese el primer lugar á las "Cartas" del mismo conquistador *Cortés*, que algunos han comparado con los comentarios de César. Escritas con claridad y buen estilo, su lectura agrada y entretiene. Para el historiador son de inestimable precio, pues dejando aparte ciertos lugares en que el interés propio le impedía una franca manifestación de la verdad, reina ésta en toda la narración, que es tan rica en pormenores, como en reflexio-

nes oportunas é importantes. De las cinco cartas principales, llamadas de relación, se ha perdido la primera, cuya falta suplimos con la «de la justicia y regimiento» de Veracruz, de que fué acompañada. Además de estas cartas mayores de Cortés, se han publicado otras varias menos extensas, pero también interesantes. Queda todavía inédita una que acompañó á la cuarta relación con el carácter de reservada, en la que manifiesta al emperador los inconvenientes que encontraba para poner en práctica las instrucciones de la corte, y se queja al mismo tiempo de la conducta de los oficiales reales. Esta carta, notable bajo muchos aspectos, no dejará de ver la luz pública, fielmente impresa por el *original*, que está en poder del autor de este artículo.

*Gomara*, capellán de Cortés, sin haber salido de Europa, acertó á componer una buena «Historia de las Indias,» cuya segunda parte dedicó por entero á la conquista de nuestro país. Deseoso de realzar la gran figura de Hernán Cortés dejó en cierta oscuridad las otras partes de su cuadro, olvidando á veces que si aquel fué el alma de tan grande empresa, sus bravos compañeros dieron también sus vidas para ejecutarla. Mas lejos de censurar en Gomara tal defecto, felicitémonos mil veces de encon-



trarle en sus páginas: á esto debemos la inmortal obra de *Bernal Díaz del Castillo*, el príncipe de nuestros cronistas. Exasperado contra Gomara, tomó el buen veterano la pluma en los últimos años de su vida para vindicar la memoria de sus compañeros, ofendida á su parecer en la obra del capellán. Hizolo con el estilo desaliñado y rudo de un pobre soldado sin letras, pero con tanta gracia, tanta naturalidad y tal abundancia de pormenores, que embebidos en la sabrosa lectura de sus páginas, nos creemos á veces trasladados á aquellos campamentos, y confundidos entre la turba de los soldados. Mucho, y con justicia, se envanece el buen Bernal Díaz de sus hazañas, pero si en otro bastaran para granjearle una celebridad merecida, en él casi las olvidamos para admirar solamente el inimitable cuadro que trazó con la mano trémula de un anciano, pero con todo el vigor y lozanía de la rica imaginación de un joven aventurero, de un soldado de las Indias, palabra que significa por sí sola, mucho más de lo que pudiéramos encarecer.

Extraño se hace nombrar después del sencillo Bernal Díaz á un literato tan notable como Pedro Mártir de *Angleria*. En sus décadas "De orbe novo" trata de nuestros sucesos hasta la venida del visitador

Ponce de León, y los escribe sumariamente sin detenerse en pormenores. Aun cuando el buen juicio y letras del autor no fuesen segura garantía del mérito de la obra, bastaría para hacerla apreciable la circunstancia de que en ella vemos descrita la impresión que los maravillosos sucesos del Nuevo Mundo producian en el antiguo; instrucción que nos falta como es preciso, en las relaciones de testigos oculares. No son inútiles para hacer compañía á las décadas, muchas cartas del mismo P. Mártir, esparcidas en su inestimable "Opus Epistolarum." Lástima grande que no tengamos de las obras de este literato, sino ediciones antiguas y ya muy raras; y que nadie haya pensado hasta ahora en vulgarizarlas por medio de una traducción castellana.—También el cronista *Oviedo* incluyó la relación de la conquista de México en la segunda parte de su grande «Historia de las Indias,» que hasta ahora sólo conocíamos manuscrita, pero que muy pronto veremos impresa, si continúa, como es de esperarse, la magnífica edición de toda la obra que ha emprendido la Real Academia de la historia, de Madrid. Aunque esta impresión inutiliza al que esto escribe tres gruesos volúmenes manuscritos, desea vivamente verla terminada. Oviedo es autor capital



en materia de Indias; cortesano y hombre de mundo no carece de cierto tino para juzgar de los hombres y de las cosas; era infatigable en recoger noticias y documentos para su obra, y su mucha experiencia de la vida suplía harto bien lo que le faltaba de estudios.

Rico con los trabajos de los que le precedieron, entró el gran *Herrera* en la espinosa tarea de referir los hechos de sus compatriotas en el Nuevo Mundo. En su extenso y complicado plan entró la conquista de México, y la historia de los años que le siguieron; trabajo que desempeñó, como siempre, con la energía y severidad de un Tácito —Pulgar continuó su obra; pero está inédito su trabajo y no le conocemos. A estos primitivos historiadores de la conquista deben agregarse, para mejor conocimiento de ella, otras obras de menor importancia y las muchas cartas, relaciones y escrivos sueltos de vencedores y vencidos.

Excusaríamos citar ningún historiador más moderno de la conquista, si á ello no nos obligase la celebridad que algunos han adquirido. Ninguno alcanzó tanta como D. Antonio de *Solís*. Nombrado cronista de Indias por falta de Antonio de Herrera, pensó, según él mismo nos dice, seguir la historia de aquel desde el punto en que que-

dó pendiente. Pero cediendo bien pronto á su natural propensión á las obras de ingenio, de que tenía dadas buenas muestras en comedias y poesías, desdeñó al fin continuar el prolijo y seco trabajo de su predecesor. Escogiendo, pues, en el terreno mismo de éste el episodio más brillante, formó su "Historia de la Conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España;" título engañoso, porque en el desempeño se ciñó tan sólo á la conquista. El asunto fué perfectamente escogido, á la verdad, porque apenas habrá otro que mejor se preste á los atavíos de una dicción rica y á todas las galas del ingenio. Abusó Solís de uno y otro; á fuerza de adornar el estilo, le vino á dejar forzado y fastidioso; y tanto puso de su parte en las arengas de guerreros y magistrados de ambos bandos, que no podemos menos de escuchar á Solís cuando él se empeña en que oigamos á Cortés ó á Magiscatzin. Resultó de todo ello, un panegírico del conquistador; una hermosa pieza literaria, si se quiere; pero nunca la historia de la conquista de México, que la nación española deseó en vano durante largos años.

Pudo muy bien *Robertson* haber llenado este vacío, si á este solo acontecimiento hu-



biese reducido toda la atención que esparció en el extenso plan de su célebre "Historia de América." El autor era docto y juicioso por lo común; y no tratándose de una historia especial, no podía exigírsele más de lo que hizo. Por sus notas se advierte, sin embargo, que sólo consultó fuentes harto comunes; en la lista de autores que precede á su obra se echan menos muchísimos y todos los importantes documentos que después se adquirieron por la industria de literatos españoles tan célebres como Muñoz, Vargas Ponce y Navarrete.

El fruto de los trabajos de éstos vino á servir para un extranjero, quien dotó al cabo á la España de la obra de que carecía *Prescott*, escribió en inglés la "Conquista de México," obra excelente en que supo hacer el mejor uso del riquísimo acopio de documentos que tuvo á su disposición. Bien le habría estado á la obra que el autor se hubiese dejado arrebatar un poco menos de su admiración hacia las hazañas de Cortés, y hubiese omitido ciertos adornos poéticos que suele añadir, por exceso de la gallardía de su estilo. Tan ligeros lunares no deberían notarse si no se tratara de un autor de tanto mérito, y que logró eclipsar los trabajos de todos sus predecesores. Vergüenza es que tras de ser deudores á un extranje-

ro de la mejor historia de la conquista, no haya habido siquiera en las extensas regiones donde se habla la rica lengua castellana, quien consiga volver obra tan estimable á la lengua en que debió ser escrita. Tres traducciones conocemos y á cual peor: quiera Dios que si llega á emprenderse la cuarta caiga en mejores manos que las anteriores.

Los años que siguieron á la conquista fueron fecundos en guerra y alteraciones. No tenemos historia particular de ellos, aunque bien la merecieran, y es preciso formarla con el auxilio de diversas obras y de los documentos oficiales. Del largo período que abraza la dominación española, el principal historiador es el jesuita *Cavo*: su trabajo es harto estéril y diminuto: viene á reducirse á una mera ennumeración de hechos, entre los cuales ocupan el lugar preferente las elecciones de alcaldes y regidores de la ciudad de México, anotadas año por año con lamentable prolijidad. Bien es verdad que este cargo no es justo, sino en el caso de atenernos al título que puso á la obra su atrevido editor, quien inventó el de "Los tres siglos de México, durante el gobierno español," en vez del sencillo de "Historia política y civil de México," que el autor había adoptado. Ya se ve que unos anales de



la ciudad de México, á cuyo ayuntamiento fué dedicada la obra, no es lo mismo que una historia de la dominación española. La expulsión de los jesuitas obligó al P. Cavo á pasar á Italia, donde escribió su libro, con falta de muchos documentos, y no le llevó más allá de 1767. Su editor Bustamante (D. Carlos María) le continuó hasta 1821. El mérito de esta continuación consiste principalmente en los documentos que incluye: por lo demás no pasa de regular, y es sin embargo de lo mejor que Bustamante escribió en su vida.—El coronel Panes, gran colector de documentos, dejó manuscrita una "Cronología de los virreyes de Nueva España," que alcanza hasta Flores. Parece haber sido hecha sólo para acompañar una colección de retratos: es por lo mismo escasa y harto mal digerida; pero no deja de ofrecer de cuando en cuando algunas noticias útiles, y es apreciable aunque sólo se le considere como una especie de prontuario cronológico.

Si no nos conformamos, como no es posible, con ninguna de estas dos obras, únicas que tienen ciertas pretensiones á una historia general, podemos decir que la de la dominación española está todavía por escribir. Hay que consultar para ella un número increíble de documentos, empezando por las

crónicas religiosas, es decir, las historias particulares de las provincias de las diversas órdenes que se establecieron en este suelo. Muchas son las impresas y más las manuscritas. Sus autores no se ciñeron por lo común á la historia particular de su orden, sino que escribieron la general de la provincia. Son acopios riquísimos de noticias que en vano buscaríamos en otra parte; mas por desgracia no las hay de todas las provincias, ni puede formarse de su reunión un cuerpo completo de historia. Los franciscanos, además de Motolinía, Torquemada y Betancourt, tienen para la provincia de Michoacán á *Larea*, para la de Zacatecas á *Arlegui*, y para los colegios de Propaganda Fide, á *Espinosa* y *Arricivita*. *Medina* fué cronista de los dieguinos de México. Los dominicos se envanecen con justicia de dos cronistas como *Dávila Padilla* y *Remesal*: el primero para la provincia de México y el segundo para las de Chiapa y Guatemala. Ambos son muy abundantes de noticias para la historia general, y todavía más el segundo. Los agustinos cuentan con *Grijalva* para la provincia de México, y con el P. *Basalenque* para la de Michoacán. El orden de la Merced no tiene impresa historia particular de ella en estos países, y hay que entresacarla de la crónica general del



instituto. Existe, sin embargo, una crónica manuscrita de un P. *Pareja*, que no hemos podido procurarnos. Sólo los carmelitas no tienen, según nuestras noticias, crónica alguna; pero los jesuitas no podían incurrir en semejante omisión, y fuera de los menologios de varones ilustres, y vidas sueltas de ellos que publicaron en crecido número, tienen la crónica del P. *Florenzia*, que no pasó de la primera parte, y la más completa del P. *Alegre*, que alcanza hasta la expulsión.

Como especie de complemento de estas historias eclesiásticas, pueden servir las muchísimas vidas de hombres y mujeres ilustres por su piedad, que se publicaron en aquellos tiempos. Reunirlas hoy es tarea difícil, pero no inútil; porque todas ofrecen alguna noticia aprovechable, y muchas la historia entera de algún memorable acontecimiento, personificado en el individuo que fué el alma de la empresa. Así la vida del P. Salvatierra es la historia de la colonización de la California Baja, y la de la Alta la leemos en la vida de Fr. Junípero Serra.

Puesto que aun no nos desprendemos enteramente de historias eclesiásticas, justo será hacer mención de Gil *González Dávila*, que en su "Teatro eclesiástico de las Iglesias

de Indias," reunió noticias muy interesantes para nuestra historia. No pasa de la mitad del siglo XVII, y á este inconveniente se le agrega el de no ser á veces muy exacto, dando margen á graves descuidos en los que le siguen sin la crítica necesaria, como ya ha acontecido con su famosa noticia de la introducción de la imprenta en México en 1532.

Son pocas las historias particulares que tenemos de provincias y ciudades, con el agregado de hallarse las mejores en el oscuro estado de manuscrito. Tal suerte han corrido la voluminosa "Crónica de Michoacán" del P. *Beaumont*; la de *Mota Padiella*, que anunciando la historia de la Nueva Galicia, escribe la de casi todas las provincias internas, y la "Historia de la Puebla de los Angeles" que dejó incompleta el historiador Veytia.

Proponiéndonos sólo hacer una rápida reseña de nuestros principales escritores de historia, no debemos hacer mención de los documentos oficiales. Ellos son, sin embargo, el principal cimiento en que debe apoyarse la historia de los tres siglos, lo mismo que todas las historias. Habría que consultar los libros de actas del ayuntamiento de México, en especial los primeros, cuando esta corporación gobernaba no sólo



la capital, sino todo el país: los libros de *mercedes*: la voluminosa correspondencia de los virreyes, conservada en el archivo general, que por desgracia no empieza sino hasta muy entrado el siglo XVIII: las instrucciones que los mismos virreyes dejaban á sus sucesores: las innumerables leyes, cédulas y órdenes despachadas por el gobierno de la metrópoli: los informes, públicos y secretos, cartas, relaciones y derroteros, de misioneros, comandantes militares, pilotos y toda clase de empleados. Habría que aprovechar igualmente los *diarios* que solían llevar algunas personas curiosas para anotar cuanto de notable ocurría: las relaciones de sucesos particulares que solían imprimirse: los pocos periódicos de aquel tiempo, y el inmenso número de sermones, certámenes literarios, descripciones de entradas de virreyes, exequías y canonizaciones, que se imprimieron en esos tres siglos, desde el "Túmulo imperial" del Sr. *Cervantes*, hasta los «Cantos de las musas mexicanas» de Beristáin.—Entre todos los documentos oficiales, merecen especial mención por su reciente hallazgo, los "Procesos de Residencia," de Pedro de Alvarado y Hernán Cortés, dados á luz por el Sr. *Rayón*; y la "Noticia histórica de la conjuración del marqués del Valle," que con un extenso

extracto de los documentos originales acaba de publicar el Sr. Orozco y Berra.

Todo esto, y aun mucho más, ha de ver y aprovechar el que pretenda escribir la historia de aquella época. Empresa de las más arduas en nuestra literatura, por el poco interés que suele ofrecer á la generalidad de los lectores la historia de largos años de paz. La falta de combinaciones políticas y de relaciones internacionales, deja al escritor sin uno de sus principales recursos; y aun cuando á fuerza de ingenio haya conseguido inspirar vida á la narración de hechos aislados y muchas veces insignificantes, viene todavía á estrellarse contra la necesidad de interrumpir á cada paso el hilo de los sucesos, con la noticia del cambio del virrey. No hay ingenio que baste para disimular esta repetición continua del mismo acontecimiento, expresado por necesidad casi siempre con las mismas palabras. En las monarquías dos ó tres reinados llenan un siglo, y durante la vida de cada monarca pueden seguirse los pasos de su política interior y extranjera; aquí hay que presentar á cada instante un nuevo protagonista, que es preciso dar á conocer, con grave perjuicio de la unidad del plan y del interés de la narración, á lo que se agrega que en muchos casos el principal



personaje no hace más que aparecer y retirarse, sin dejar en pos de sí memoria alguna, ni en bien ni en mal. Sin duda por estas causas que ligeramente apuntamos, los pocos que han comprendido la historia de la dominación española, adoptaron la forma cronológica ó analítica, que salvaba mucha parte de aquellos inconvenientes, para caer tal vez en otros mayores. Parece que despreciándolos todos ha habido al cabo quien acometa la empresa de una historia formal de esa época: hablo del Sr. D. Manuel Orozco y Berra, quien durante largos años ha reconocido y extractado innumerables documentos para la obra que ahora empieza á trabajar. No queremos anticipar juicio acerca de ella: pero nos inclináramos á darlo favorable, porque conocemos la aplicación y buen entendimiento del autor.

Al silencio y tranquilidad de aquellos siglos, sucedieron los tormentosos días de la guerra de independencia. El historiador que antes no aceataba á dar movimiento á su narración, tropieza ahora en el extremo contrario. Muertos los primeros caudillos, todo interés, toda unidad de acción desaparece en el confuso laberinto de guerrilleros y ladrones. Preséntase Morelos y por algún tiempo reanima el interés y res-

tablece la unidad; pero cuando á su vez también sucumbe, entonces ya no queda sino un inmenso caos de pasiones desenfundadas, en el que sólo aparece como un punto luminoso la breve, pero inmortal campaña de Mina. ¿Quién no se cansa y fastidia en los días de Apodaca al ver las humillantes defecaciones de muchos que se daban por héroes, convertidos luego en viles denunciadores de sus compañeros de armas? Todo decae y languidece en aquellos días; pero lo que perdía la historia en atractivo, ganaban ciertamente los pueblos en reposo y bienestar.

Mas de repente se escucha en Iguala la voz que en una sola campaña echa por tierra el venerado edificio del poder español. Episodio acaso el más brillante de nuestra historia, y que se presta de un modo admirable al trabajo del escritor. Grato es siempre trazar el cuadro de mejores días, y hallar por todas partes hechos grandes y generosos que relatar; pero ¡cuánto facilita la tarea el contar con una completa unidad de acción y de interés, y por término el magnífico desenlace de la entrada del ejército en la capital!

Los documentos oficiales son, como siempre, la base de la historia de la guerra de independencia; pero es preciso no recibirlos ya en manera alguna con la confianza que



inspiran los de la época de la dominación española. El gobierno de entonces sólidamente asentado y libre de toda contradicción, no tenía un interés directo, generalmente hablando, en ocultar la verdad. Mas encendida luego una guerra que podía llamarse civil y que tomaba desde sus principios un aspecto amenazador, el caso era muy diverso, y lo que antes era gobierno absoluto, vino á quedar convertido en un bando, que necesitaba disimular sus pérdidas tanto como cualquier otro. De aquí viene que no puedan tomarse sino con suma desconfianza el dicho de ambos partidos, especialmente del español, que como dueño de la imprenta y de las poblaciones más ricas é importantes, hallaba más interés en disfrazar la verdad, que no los insurgentes cuyas comunicaciones oficiales sólo eran leídas comunmente por los jefes á quienes iban dirigidas. Por otra parte, como los españoles reconocían todos á un centro común, publicaban á su gusto todas sus relaciones, y así se han conservado en gran número, al paso que los más de los jefes insurgentes obraban por su cuenta, y no daban parte á nadie de sus acciones, lo que ha venido á ser causa de que sea comparativamente muy escaso el testimonio que ofrece á la historia su partido.

Todo esto debiera haber hecho proceder con más cautela á los escritores que han pretendido darnos esa historia *apoyada en los documentos oficiales*, como lo han anunciado con cierto énfasis. Preciso es hacer desde luego á un lado á *Torrente*, que escribía por orden de Fernando VII, y por lo mismo es parcial hasta lo sumo. Su historia no es sino un resumen de los partes españoles. El Dr. Mora suele pecar por el extremo opuesto, y su narración es incompleta, no pasando de la muerte de Morelos. Sería de desear que en todo hubiera estado tan feliz como en su buen cuadro de la conquista. No quisiéramos manchar nuestras páginas con el nombre de *Zavala*, del mexicano que firmó la independencia de Texas, y que después de haber contribuido poderosamente á la ruina de su país, viene disculpándose con repugnante hipocresía de los males que causó. Pero su obra sobre las revoluciones de México nos obliga á mencionarle: quien ignorase el nombre del autor podría leerla con gusto, porque el estilo no es desagradable, y abunda en retratos trazados con cierta gracia epigrámica, á la verdad no común.

Pasando por alto otros trabajos útiles, pero menos extensos, cerraremos esta sucinta noticia con los nombres de los dos histo-